

El sepulturero (se pregunta si vivir es conducir un tren)

–Figúrate. Una vida es equiparable a un tren; el que vive, lo conduce, los pasajeros suben y bajan de la máquina según van alcanzando su estación correspondiente. Algunos permanecen hasta la siguiente parada, otros quizá duran tres, más, siete, veinte. Puede ocurrir que ciertos pasajeros, por lo general más inexpertos, se precipiten por la ventana, a pesar de encontrarse el aparato en marcha. Pocas veces, pero alguna, un pasajero baja en una parada y realiza unos recados. Yo que sé. Quizá... compra un coche nuevo, se tiñe el pelo, consigue el trabajo de abogado con cuyo título universitario sus ambiciosos familiares tanto deseaban verle, devuelve un par de libros a la biblioteca y regresa al tren, más o menos por donde lo había dejado, exceptuando que ahora este mismo ya no es tampoco lo que fue en su primer viaje.

Ciertamente, esta metáfora resulta confusa. Si decimos que la vida es como un tren, entonces los pasajeros que pasan por él no deben viajar más que en otros trenes, del tamaño necesario para caber verdaderamente en el tren que es la vida del protagonista de una vida, el conductor. Por consiguiente, dentro de un tren se han de encontrar otros tantos trenes, más pequeños, con un conductor cada uno, que a su vez contarían con cierta cantidad de pasajeros en miniatura, que se encontrarán, cada uno, dentro de su propio tren, conduciéndolo. Y así sucesivamente hasta que el conductor más insignificante, es decir, cualquiera de ellos, llegase a descubrir que no podía continuar, quizá que sus vagones contaban ya con demasiados pasajeros, ¿sería posible? Quiero decir, que un tren contara con demasiados trenes pequeños que a su vez contarán con más trenes pequeños los cuales contarán con más trenes pequeños que al mismo tiempo (...), todos ellos rodando sin parar por las vías que brinda el planeta tierra, hasta parar definitivamente en el morir, el destino final. La última parada– véase en este punto una pausa reflexiva–. Vamos como te pasó a ti, que llegaste vivo a la última parada. Bueno llegaste vivo, ¿cómo ibas a llegar si no era vivo?

El caso es que, no sé, hay muchos trenes en el mundo. Demasiados. Aun sabiendo esto, ¿cómo pueden sentirse tantos conductores tan extremadamente solos?

A pesar de sus arduos esfuerzos, la anticuada lápida no era capaz de responder al monólogo de Matías. Este suspiró, como es natural en estas situaciones. Por muy acostumbrado que uno se encuentre a hablar con los muertos, no es de extrañar extrañarse, si se conserva un mínimo de aparente cordura. Matías lo hacía a menudo. Mantenía rigurosas conversaciones, generalmente filosóficas, con esas tumbas llenas de hierbajos de todos los colores y tamaños. Se sentía escuchado, en ocasiones, comprendido, y en otras tantas, ligeramente imbécil. Que lo fuera o no queda a opinión del lector, si es que este no se aburre en demasía antes de llegar a averiguarlo. Matías llevaba trabajando allí 3 años. Cualquiera podría pensar que su trabajo como sepulturero venía ligado a la necesidad, o bien falta de oferta en otros gremios, en todo caso, en contra de su voluntad. Pero lo cierto era que Matías, como otros tantos, deseaba ese puesto desde tiempos inmemorables, pues leía mucho teatro.

A pesar de que ha recibido un nombre, la descripción física de este personaje, que es real en alguna parte, queda mejor dispuesta a la libre imaginación. Se debe comenzar con una

especie de lienzo en blanco. Así, cuando sus rasgos de personalidad vayan saliendo a la luz, tu vecino del 5°B o el compañero de trabajo del amigo de tu tío segundo podrían protagonizar un pretencioso relato, sin siquiera ellos imaginarlo. Solo diré que era joven. O es, pues a pesar del persistente uso del pretérito imperfecto, es real en alguna parte. Matías soñaba despierto, pero se sentía despierto dormido. Esto era para él una terrible maldición, pues cuando verdaderamente le tocaba soñar, en la cama, sin tantas interrupciones, no podía más que imaginarse haciendo la compra, tirando la basura o leyendo facturas. Como un adulto de esos de verdad. Sin embargo, cuando estaba despierto, en numerosas ocasiones, no estaba. Cuando se encontraba en el trabajo, su mente divagaba, al fijarse sus ojos de color a imaginar, en las praderas verdes, llanas, las montañas frondosas, las hermosas flores de plástico, los grandes palos-bastón (como él los llamaba desde su más tierna infancia), oír el fluir del pequeño río artificial, el crepitar del fuego de alguna barbacoa a su alrededor, el cantar de los pájaros, que mantenían conversaciones “en idioma de pájaro”, o lo que fuera que fuese, si sus ojos podían percibirlo. Todo para Matías era por momentos un sueño espléndido (como ya he mencionado, leía mucho teatro).

Sin embargo, el muro de la realidad le golpeaba otras veces como tren que recibe un choque: estaba solo. Y como la línea entre lo real y lo ficticio, lo material y lo metafórico, pretende resultar difusa para quien lea esta historia, he de mencionar que ese muro era tanto material como metafórico. Un enorme muro gris, donde se encontraba estampado el cartel que anunciaba una importante inmobiliaria. Este mostraba la imagen de un tipo, aparentemente atlético y atractivo, de no ser por las pintadas con que ya contaba su cara ante el paso del tiempo y la presencia de juventud en la zona, que sonreía a la cámara presentando unos dientes perlados editados para parecer más blancos, y mellados a su vez por un rotulador negro, de brazos cruzados, traje y corbata azul, con una mansión de mínimo dieciocho pisos de fondo, y un bocadillo saliente de su boca en el que decía “Piérdete en tu propia casa”. En realidad debía decir algo así como “quíete como a tu casa”, pero unos vándalos muy ágiles y poco soeces en contra de lo que cabría esperar para quien hace un grafiti, habían encontrado el mensaje excesivamente soso y *curtilón*, por lo que decidieron darle una vuelta, con la que el cartel en conjunto adquirió más sentido del que tenía su versión original.

A pesar de todo, a Matías contemplar dicho cartel le producía cierta aflicción. El motivo de esta rivalidad era sencillo; tanto que puede resultar repetitivo o incluso predecible, pero realista: había negado su destino concertado por unos estrictos padres que esperaban de él un injusto éxito en el campo de la abogacía.

El día en que todo empezó, el mismo en que mantenía la conversación del tren, que tanto tiempo llevaba meditando, con la tumba de Jose Luis Jimenez Rosas (D.E.P., 1962-2014), en su descanso del trabajo, al salir del recinto del cementerio, se topó de nuevo con este impertinente muro y su cartel, que le miraba, burlón, desde pavoroso puesto. Matías se consoló en esa ocasión imaginando la reacción del tipo si le dijera que en el arte urbano del que estaba rodeado se le había añadido la pintura, típica del clasicismo, de un visible miembro fálico de color amarillo verdoso. Y fosforito.

Con una sonrisa conforme, Matías se dirigió a la cafetería del pueblo, donde saludaría con la cabeza al mudo vendedor al que nunca compraba (que no era mudo, solo un hombre de

pocas palabras, quizá precisamente porque Matías se sentaba, pero nunca compraba), sería ignorado por dos devotas ancianas cotillas que ahí comían y cotilleaban con flagrante devoción, saludado gentilmente por un experimentado escuadrón de petanca y pasaría aproximadamente una hora y media almorzando pasta al pesto mientras leía teatro; como el día anterior, en que la pasta llevaba atún, o el anterior del anterior, en que probó una nueva receta de tortilla francesa que encontró por ahí, para variar.

Su vida era cuanto menos sencilla. Pero Matías no era inconformista, y mucho menos, conformista. Estaba bien. Estaba... a gusto ¿Absorto?

Se sentía dueño de su vida y en ella elegía la sencillez de comer buena pasta, leer buen teatro y hablar con las tumbas... Era sencillo y era feliz en su sencillez... Pero no lo era.

Estaba solo y era feliz en su soledad. Pero no lo era...

No se conformaba, a la par que no se “inconformaba”...

Matías vivía, pensaba, soñaba, despertaba y todo lo mencionado, cada día, casi de la misma manera, con ligeras variantes. Y se mantenía. Existía. Era. Estaba bien....

Pero no lo estaba. No lo era. Aunque no lo cavilaba.

Y en esas se encontraba reflexionando, ante su décimo cuarta lectura de *Hamlet*, deseando llegar a la escena de los sepultureros, su favorita, como no podía ser de otra manera. Con la aparición de la perspectiva que plantea el protagonista de la muerte, por primera vez, así, de manera repentina, en lugar de soñar despierto, despertó despierto.

—¿Qué estoy haciendo?— el pensamiento se le escapó de los labios. Ya no había nada que hacer, ni manera de conformarse. Y un “ser o no ser” de plástico, similar a las flores del cementerio, comenzó a germinar en su afectada mente. Su tren, prácticamente vacío de otros trenes diminutos, debía partir de inmediato.

Alicia Coronado Martín.

Ganadora del Premio de relato de Escuni 2023/24.